



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

2004

EDICION 31

MIGUEL DE CERVANTES: LA MÁS ALTA Y PERDURABLE EXPRESIÓN DEL SIGLO DE ORO ESPAÑOL

Profr. Dr. Jur. Dr. Phil. Agustín Basave Fernández Del Valle
Director del Centro de Estudios Humanísticos
Universidad Autónoma de Nuevo León

El siglo XVI y buena parte del XVII representan la hegemonía de España en el mundo y el apogeo de la cultura española: extensa, varia, difusiva... ese florecimiento no es casual. Los reyes católicos inician una labor protectora de la cultura, el espíritu renacentista, que se extiende por todas las vertientes del pensamiento, fecunda con su sabia la raíz medieval del pueblo español. El afán de instrucción, en los siglos áureos, abarca todas las clases sociales, las mujeres no constituyen la excepción. Hay respeto y afecto hacia el hombre ilustrado por algo se dice: "no puede llamarse caballero quien no sea hombre de letras". Los mismos nobles estiman más el conocimiento de las letras clásicas que el brillo de sus propios blasones. Gustan de las tertulias literarias, de certámenes y de lectura de obras valiosas, en ese ambiente nació Cervantes. Menudeaban los cultivadores de todas las ramas del saber humano.

Con América se abre el siglo político de España, con los Habsbourgs ingresamos en el periodo más brillante de la literatura. Este periodo -largo y rico- se prolonga hasta los principios del reinado de Carlos II. Se suele dividir el mal llamado Siglo de Oro en tres periodos: 1.- hasta el reinado de Felipe II (1555-1598); 2.- hasta la muerte de Lope

de Vega (1635); 3.- hasta el deceso de Calderón (1681). Estas marcas en el tiempo corresponden al comienzo, al apogeo y al ocaso de lo que los hispanos llamaron el Siglo de Oro. Dueña de sí misma, enriquecida con los tesoros al parecer inagotables del Nuevo Mundo, España lucha en lo sucesivo ya no para reconquistar su territorio natural o para su unidad, sino para la hegemonía universal en el orden bélico y en el orden de la cultura busca imponer "*a fortiori*" su ideal religioso y monárquico:

*Un monarca
Un imperio
Y una espada.*

(Soneto de Acuña al Emperador)

España combate sobre todo contra Francia. Italia es el escenario común de ese duelo de múltiples peripecias. En los países bajos y en Alemania reinan las guerras religiosas. España irá en búsqueda de sus antiguos enemigos a Túnez y a Lepanto. Ingleses y flamencos se disputan la supremacía del océano. En su cruzada contra la herejía, el gobierno español es ayudado por la inquisición. Todo pensamiento heterodoxo es aplastado impiamente. A la realización de este ideal político y religioso, la nación española sacrificará lo que le quedaba de libertad comunal (los comuneros de Castilla, las Germanas de las costas del Levante). Toda esa anarquía acumulada durante los siglos precedentes, ahora sobreexcitada, termina por agotarse. La obra emprendida por el genio del Emperador Carlos I de España y V de Alemania y proseguida por la hábil y paciente perseverancia de Felipe II, marcha hacia el ocaso con Felipe III y concluye su hegemonía en los dos reinados siguientes. Portugal se libera nuevamente en 1640 y los países bajos se libran por el tratado de Westfalia (1648), de esa España en cuyos dominios no se ponía el sol. A mediados del siglo XVII España sólo conservará sus posiciones de Italia y de América.

A la muerte de Isabel, la reina católica (1504), España había conseguido su triple unidad: política, religiosa y lingüística. Por eso se forjó abriéndose en rosa a todos los rumbos.

La reconquista fue coronada por el descubrimiento, lengua y espada, inteligencia y fuerza, todo es portentoso. Los límites entre poesía y verdad se desdibujan. España avanza en África hacia Oriente y toma Túnez. El imperio español incluye los países bajos, Nápoles, Sicilia,

Cerdeña, el franco-condado, el Archiducado de Austria y los extensos territorios conquistados en América. España coloniza, evangeliza y contiene la reforma en el concilio de Trento, que duró 18 años y en donde prevalecieron las voces de los teólogos españoles. Esta es la España que se agita y bulle con aire culto, bélico y religioso, en la época de Cervantes.

La decadencia política y económica vino aparejada en España, de la decadencia en el aspecto cultural. A fines del siglo XVII se consume el triste declive. Pero la pujanza intelectual española en el siglo y medio de esplendor, fue tan profunda y tan intensa que aun nos nutrimos espiritualmente de sus esencias, de sus valores. Si tratamos de caracterizar esencialmente el Siglo de Oro, habría que empezar por las universidades españolas; lugar propicio para el cultivo de la inteligencia y del carácter, surge un extraordinario desarrollo, con centros de cultura superior que se multiplican en toda la península ibérica. Unos de esos centros culturales de educación superior imitan a la clásica y tradicional Universidad de Salamanca, otros a la renaciente o humanista Universidad de Alcalá. Las universidades son creadas por los reyes (Carlos I funda la Universidad de Granada), por los municipios (todas las creadas por la corona de Aragón) y la mayoría por particulares, especialmente eclesiásticos, que forjan el tipo de universidades-conventos. Su número llegó, aproximadamente, a 40. No todas podían tener las facultades completas; por eso se dividían en mayores y menores. La Universidad de Valladolid sobresalió en Derecho, aunque haya tenido también cátedras de Filosofía, Cánones, Teología, Medicina, Cirugía y Matemáticas, régimen interior medieval y conexión estrecha con el poder civil. Salamanca, democrática y descentralizada, compite con Alcalá aristocrática y ordenancista. Al lado de las universidades persisten los colegios, con sus rentas, becas y recepción de enseñanzas. Las ceremonias de otorgamiento de grados (bachiller, licenciado y doctor), incrementan la solemnidad y el esplendor que tenían en la alta edad media. Felipe IV (1625) funda un centro de cultura con el título de "Estudios reales de San Isidro", para formar a los primogénitos de los nobles. Los jesuitas, por su parte fundan sus colegios. Numerosas bibliotecas reúnen un importante acervo de libros. Los archivos públicos de documentos se organizan para conservar la memoria histórica.

España no sobresale en su producción científica, aunque presenta aspectos valiosos en materia de estudios geográficos,

cosmográficos, cartográficos, náuticos, astronómicos y matemáticos. En física y química los españoles siguen a Aristóteles y se inclinan por la doctrina experimentalista. Lo mismo acaece en medicina, botánica y mineralogía. Lo que resulta verdaderamente notable es el florecimiento filosófico y jurídico en los siglos XVI y XVII. Este desarrollo presupone el previo desenvolvimiento de la teología. Recordemos que en el Concilio de Trento, sus cultivadores principales fueron: Melchor Cano, Salmeron y Torres, los Jesuitas, Laines Vitoria, Soto, Vázquez, Villalpando y Francisco Suárez. Quiero recordar que Europa se nutrió durante más de un siglo, de la metafísica de Suárez, el gran renovador de la escolástica. ¿Y como olvidar al gran Francisco de Vitoria, el Sócrates español fundador del moderno Derecho Internacional?

La figura del humanista Luis Vives, con sus libros de Teología, Pedagogía y Ciencias Sociales ilumina un singular brillo al Renacimiento Español. La pujanza alcanzada por la filosofía española se pone también de relieve en los nombres de Fox Morcillo, Herrera, el Brocense y tantos otros. Todos ellos muestran una gran libertad de pensamiento en todo aquello que no era dogma de fe; tendencia al realismo, a la armonía y a los principios nuevos expuestos por precursores iberos de sistemas como camino intermedio entre la creencia y el conocimiento, entre la fe y la ciencia, surge, preñada de amor a Dios, la mística española: comunicación directa del alma purificada por la renuncia de las cosas terrenales, por el amor y la oración, en *éxtasis* con Dios mismo. La comunicación del hombre con Dios no implica pérdida de la individualidad espiritual ni de la inteligencia cognoscitiva de Dios. La contemplación pura se hermana con las obras de amor al prójimo. La literatura mística española se engalana con los nombres de Santa Teresa de Ávila, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, Fray Jerónimo Gracian, San Pedro de Alcántara, Juan de la Cruz... Se advierte en todos ellos una gran riqueza estilística y un hábil manejo -en prosa o en verso- del idioma castellano.

Los problemas jurídicos que planteaban las guerras, las luchas religiosas y la conquista de los territorios descubiertos, movieron la participación de los grandes legistas en la vida política. A ellos les consultaban y les protegían los propios reyes. La cuestión de la gobernación colonial o el tema de la educación del príncipe incita a los grandes colaboradores del Derecho Político: Mariana Suárez, Fox

Morcillo, Arias Montano, Gracian, Solórzano, Pereira, Saavedra Fajardo y una legión que constituye toda una literatura cortesana y política.

El habla nacional entra por cauces gramaticales con Nebrija, autor de un diccionario y de su *Arte de la Lengua Castellana*. Valdés, en su *Dialogo de la Lengua*; Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua Castellana* Fray Miguel de Salinas, Pérez de Oliva, Fray Luis de León y tantos otros, enriquecieron y flexibilizaron la expresión de todas las ideas y de todos los estados anímicos. Depuraron la ortografía, fijaron la fonética y permitieron la aparición de las obras maestras de la literatura de los siglos aureos.

Las Bellas Artes, en la historia de España, nunca tuvieron una época de mayor esplendor que en los siglos de oro. La nación entera se cubre de monumentos, de estatuas, de cuadros, de obras de arte que convierten a España en un vasto y viviente museo. La mayoría de los artistas españoles reciben la influencia preponderante del renacimiento italiano, pero la transforman con maestría y con originalidad singular arquitectura barroca y plateresca de inagotable riqueza decorativa, de apasionada abundancia de formas, de patetismo vital trascendente. Hacia el fin del siglo XVI Juan de Herrera inaugura un estilo neo-romano conforme al sobrio y antiguo canon. El Escorial (1575-1582) y la catedral de Valladolid quedan como mudos e imperecederos modelos de esa desnudez y sobriedad de masas. La estructura se desarrolla con esa pasión tan española y con ese brillo de un vitalismo de inaplacable vigor. Retablos, puerta, sillas labradas y escultura sobre madera son en España más ricos que en cualquiera otra parte. Sevilla y Valladolid son las dos grandes capitales del arte nacional de la imaginería: Alonso Berruguete (1480-1516), Gaspar Becerra (1520-1570), Juan de Juni (1566), Gregorio Hernández (1566-1622), Martínez Montañez (muerto en 1549) y Alonso cano (1601-1667). Orfebrería religiosa, música y sobre todo, la pintura genial de Diego Velásquez (1599-1660), Bartolomé Esteban Murillo (1617-1682), Zurbarán (1588-1601), y el portentoso pintor griego-español el Greco (1548-1623).

En la época de su esplendor, florecen en España todos los géneros literarios. Pero entre todos ellos sobresale, de manera singular, el género dramático -comparable al de la alta integridad clásica- y la gran novela de don Miguel de Cervantes Saavedra.

El teatro avanza a pasos agigantados, desde Fernando de Rojas y Lope de Rueda, hasta Lope de Vega y Calderón. Se inicia el teatro con

un naturalismo ingenuo. Estudiantes, bachilleres, licenciados, alguaciles, lacayos, soldados y rústicos comparecen en escena tales como son en la vida real; aún con los detalles más ínfimos. Lope de Vega recurre a personajes de todas las épocas, con máxima libertad. Reforma por completo la escena española. Sigue el arte dramático de los corrales y escribe o improvisa la comedia popular que sobrepasa por completo las reglas clásicas. Le importan los caracteres, el movimiento y la vida. Mereció el mayor aplauso de sus conciudadanos y le llamaron “el Fénix de los Ingenios”, “Monstruo de la Naturaleza”, “El Padre Adán de la comedia”. Era usual decir: “Parece de Lope” cuando algo era maravilloso.

Calderón de la Barca supera en profundidad a Lope, fue -que duda cabe- la figura culminante de la dramaturgia española. Menor producción pero mayor calidad. Este genio del teatro desprecia las reglas porque él va a fijar lenguaje, estilo, pasiones vinculadas, realismo, ferocidad, síntesis de un país y de una época. Personajes sujetos al poder absoluto del rey y de la religión en lucha contra estos poderes que se tienen por ineludibles y necesarios, de ahí surgen las situaciones dramáticas de máxima intensidad y emoción. Debo decir, no obstante, que en el teatro clásico español echó de menos la ternura, la nota humanística. El honor y la justicia brillan, resplandecen y triunfan; pero queda una sequedad anímica y una cierta rudeza rayana en la crueldad, que campea en la mayor parte de las escenas. Pocas veces la galantería deja de ser hiperbólica y artificiosa. Se ha hecho notar que el amor sano está ausente, como lo están también la madre y el niño (Cánovas). La idea directriz y motora es el *honor*; es la fidelidad, la fe en Dios y en la patria, la mujer, mirada como joya o fetiche, es sacrificada aunque sea la mujer amada, en aras de un honor hipertrofiado por los celos. Diríase que hay un atavismo sarraceno en ese furor amoroso, en ese orgullo feroz del marido que al menor indicio o a la menor apariencia de falta, condena inexorablemente a su mujer. El rigorismo llega hasta la locura en “el médico de su honra”. Recordemos aquella siniestra carta: “el amor te adora, el honor te aborrece, y así, el uno te mata y el otro te ansía. Dos horas tienes de vida: Cristiana eres salva el alma, que la vida es imposible”. Siempre me ha producido escalofríos este fanático culto del honor calderiano. El honor empezó a ser en Cervantes un apéndice de la virtud. Pero terminó en exterminio, fanatismo, soberbia, celos delirantes, obnubilación y crimen.

En la Villa de Alcalá de Henares, nace Miguel de Cervantes un domingo de 1547 cuya fecha no ha podido precisarse hasta ahora. Hijo de Rodrigo Cervantes y de Leonor de Cortinas. Padre pobre, con cierto linaje, de oficio cirujano. Madre sin eslabones, pero con buen dote. Le preceden dos hermanas, Andrea y Luisa; y le van a seguir una nueva hermana, Magdalena, y un hermano, Rodrigo. En Córdoba y en Sevilla el pequeño Miguel asiste al colegio de Jesuitas. Sus profesores le tienen en alta estima. El joven Cervantes se siente atraído hacia las representaciones teatrales festejadas por Lope de Rueda. Empieza a presagiar su destino. Su padre se traslada, con toda la familia, de una ciudad a otra. Tanto peregrinaje no favorece los estudios completos de Miguel. En Madrid opta por frecuentar los estudios de un gramático, Francisco del Bayo, y de un humanista, Juan López de Hoyos. Escribe el joven Cervantes un poema que conmueve la sensibilidad del humanista López de Hoyos: “Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y exequias fúnebres de ...doña Isabel de Valois”. Se adivina el literato en Cierne. Verbo ágil, preclaro y armonioso. Pero antes de su entrega a las letras, va a pasar una larga temporada en las armas y en las cárceles. Se incorpora audazmente al séquito particular del cardenal Acquaviva, y parte para Italia. Empiezan sus andanzas militares con los soldados españoles. Se alista en la tripulación de la galera “Marquesa” y sale plétórico de valor y de ensueños para combatir al infiel turco. El día 7 de octubre de 1571, en plena batalla de Lepanto, recibe dos arcabuzazos en el pecho y uno en la mano izquierda. Había luchado con ejemplar denuedo y singular pericia. Varios marineros turcos fueron abatidos por este bizarro soldado español que sale a combatir con alta fiebre y rara enfermedad. Nunca se arrepintió de haber participado en gesta tan gloriosa, aunque le haya costado la pérdida del brazo izquierdo: “...orgullo muy noble me cabe de haber peleado en Lepanto bajo las banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de feliz memoria”.

¿Por qué no ver en estos rasgos altivos y luchadores un boceto preliminar del Ingenioso Hidalgo Manchego? Caballero andante fue, sin duda el joven Cervantes. Vendrán muchas batallas que arrostra con porte y distinción. Su pulso nunca tembló, ni su ánimo; siempre se mantuvo firme y erguido. Pero la suerte no lo acompañó a Cervantes, cuando viajaba en la “Galera Sol” y fue apresado por corsarios argelinos. Arnaut Mami le sometió a duro y largo cautiverio. Mas de 5 años ha de

permanecer a merced de la ambición y del capricho del pirata islámico. Privaciones abundantes, malos tratos, frecuentes daños, humedad que causa enfermedad, fatiga y prematuro envejecimiento. Nadie paga el alto precio fijado por su rescate: 5,000 escudos. Bajan la tarifa y sale por fin libre, gracias a la Orden Mercedaria, a su familia y al consejo de cruzada. Los intentos de fuga le costaron muy caros, pero nunca perdió la esperanza de salir de la mazmorra. En el silencio de la cautividad pudo escribir *La gran turquesa* y *La gran sultana*, *Batalla Naval* y *Los tratos de Argel*. La prosaica realidad y los altos ideales se debaten vivamente en el alma cervatina. Las finas y gratas fantasías -¡Oh tristeza!- no suelen ser correspondidas por los dictados de la vida cotidiana. Este conflicto será llevado, con el tiempo a la esencia.

De vuelta en España saborea, por corto tiempo, la felicidad del retorno. Vuelve al ejercicio de las armas -Portugal e Islas Terceras- por algunos meses. Su madurez le exige atender a la llamada vocacional. Su misión será escribir y escribir. Vuela la pluma y se aquieta el corazón. Las musas están con él. Frecuenta "Los corrales castizos", los mesones y las hospederías. Convive con bohemios, ricos en ensueños y esperanzas. En aquel mundillo de la Villa y Corte, contempla riñas de capa y espada y sabe de romances imposibles. Autos de fe en plazas públicas; suspiros de amores traicionados en corazones solitarios, desiertos. Marco inquieto y colorista que sirve para tejer los hilos de una obra: *Galatea*, -novela pastoril con frescura, de velos, gracejo e ironía. Empieza la representación de sus obras teatrales *Los tratos de Argel*, *Numancia* y *La Confusa*. Saborea elogios y tiene una hija natural con Ana Franca.

En la vida de Esquivias conoce a doña Catalina de Palacios -carente de fortuna y de cultura- pero no de gracia y de fortaleza y casase con ella cuando tenía 37 años de edad. Su salud ya no es buena y reclama cuidados más intensos y delicados. Pero sigue en la brega literaria, ganando brillo y pujanza. Conoce la gloria teatral, aunque le produzca muy contadas monedas. Siempre se ha dado más culto a la forja y al comercio que a la belleza del espíritu. La estrechez económica le persiguió siempre. Aunque le conozcan en los corrales madrileños, tiene que andar mendigando favores de señores provincianos o de altos cargos reales. Consigue un empleo: recaudador de provisiones para la armada imperial. Y cae nuevamente en la cárcel -esta vez de Sevilla- por ajenos enredos y negligencias. Era el año de 1592, en esa desolada cárcel de Sevilla va a surgir la intuición de su gran obra maestra. Él mismo nos lo

dice: "El Ingenioso Hidalgo se fragua en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación". Inmerso en la realidad de su tiempo, en la época en que España imperial y conquistadora asiste al lento e inexorable desmoronamiento de su prodigiosa grandeza, un hombre se consuela y nos consuela extrayendo del fondo de su humanidad lo más humano de lo humano. Ahí en el seno de una España mística y guerrera, donde las excelencias de lo espiritual marchan hermanadas con la más desenfrenada codicia y lujuria; donde magnificencia y miseria muéstranse indisolublemente unidas, está este humanismo Cervantes víctima y producto de su tiempo; perdurable expresión del Quijote y del Sancho que todos llevamos dentro. Él mismo se describe físicamente: "este que veis aquí afirma en su autorretrato, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente liza y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata..." Su semblanza moral la encontraremos a lo largo de miles de páginas y de hechos.

Cervantes fue un hombre desgraciado e independiente, idealista, magnánimo, observador y un tanto erudito. Estuvo versado en todas las miserias humanas y fue a la par, convencido de la superior dignidad del hombre. Soportó victoriosamente las dudas y dio ejemplo, con su muerte, de lo que es un sincero y verdadero creyente. ¡Que extraña figura! Magnate de invenciones -un verdadero rey de la imaginación creadora- un menesteroso de tantas y necesarias cosas. Enriqueció el género humano, mientras vivió endeudado. Su vida fue una cadena de fracasos. Asombra su constancia, su indulgencia ante el espectáculo de la ruindad, de la estulticia o de la torpeza de la gente. Este bravo y blando caballero sonríe con un amor que sabe perdurar. Saca fuerzas de sus propios descalabros. Lejos de resentimiento y más allá de la resignación levanta, para todos los siglos futuros, la gran estatua de su Quijote y de su Sancho indisolublemente unidos en la lucha de los tiempos porque se conocía a sí mismo conocía al hombre; al hombre grandioso que confía en Dios y que sabe que el hombre -en el mundo- está encomendado al hombre. Su frustración humana no le hizo perder su idealismo superior. La imagen de España -y de los pueblos que hablamos su lengua- no hubiese sido posible sin Cervantes.

Entre Cervantes y el Quijote hay fusión imperecedera. La inmortal filosofía del caballero manchego y el estoico modo de afrontar los escollos de la vida, son de pura cepa cervantina. El desengaño y el

desencanto, buenos consejeros, nos señalan límites a nuestras posibilidades. Aquel hijo seco y avellanado de la Mancha sale a pelear con gigantes nunca vencidos, es un hijo rebelde y levantisco del Miguel de Cervantes que camino sobre lo palpable y lo real. Una parte de Cervantes ha sido vencida por la otra parte fundada en la razón y el buen sentido, pero siempre queda algo del caballero andante que por su honor y por su justicia, sale al mundo entero con el fin de “desfacer entuertos”.

La grandeza del Caballero de la triste figura estriba en que su ser es el nuestro. ¿Acaso no comprenderemos que sus fantasías no nos son extrañas?. Somos cada uno de nosotros –sepámoslo o no– un don Quijote, lanza en ristre y sueños en la cabeza y en el corazón. Al lomo del flaco rocinante, fustigados por el sol de medio día, nuestro corazón va ahí dentro de ese inmortal ente de ficción, más real que muchos fantoches y muñecos que transitan a nuestra vera. Cada vez que renovamos nuestro entusiasmo, caliente de inagotables energías, es nuestro genio tutelar quien nos impulsa en la gran aventura humana. En vano pretendió el escritor Cervantes ridiculizar, al principio, el género caballeresco. Lo que verdaderamente hizo fue dignificarlo, sublimarlo. ¡Como nos duele verle dolorido y lleno de impotencia, tratando de levantarse cuando uno de los mercaderes toledanos le apaleo! ¡Pobre caballero que vocea la culpabilidad de rocinante para disfrazar su decrepita debilidad! ¿cómo pueden ser los hechos distintos a como el noble caballero los ve e imagina? A veces la duda le hace sufrir: “¿dónde estás, señora mía, que no te duele mi mal?. O no lo sabes señora, o eres falsa y desleal”. No quería ver lo que hay que ver. La justicia y el bien no siempre se imponen. Sancho, con su asno, sus alforjas y una bota, no cree en príncipes y magos, pero tampoco cree en sí mismo. Por eso –y por cierto ideal escondido– fue presa de don Quijote y, quiotizándose, le siguió hasta el fin. Ingenuo y bonachón, más que hacer dejar hacer. Pero no deja de tener un fondo de sabiduría: la vida, cuando más apacible y sencilla, se vive mejor. Y esta sabiduría sanchopancesca templó algunas veces la fiebre activista de don Quijote.

El amo de Sancho –no lo dudemos– es tan iluso como tenaz. No conoce el desaliento y desprecia los argumentos realistas del buen Sancho. Cervantes vivió cocido del dolor; por eso su amor es el más sublime acto vital y humano. Sublima la realidad en aras de ensueños y de ideales. El amor –mito y sacrificio, honor e inmortalidad– alcanza el nivel de acción suprema de la existencia y de sacrosanta aventura.

Cervantes –como muchos de nosotros los hombres– es muy vulnerable a la belleza física de la mujer. Por eso pone en boca de don Quijote su escala axiológica: “porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos son las cosas que incitan a amar más que otras que son: la buena fama y la mucha hermosura”. Como buen renacentista, Cervantes, con su característico equilibrio estético exige, en lo visto, ritmo y melodía, templanza y mesura. El amor no es un breve destello; permanece más allá del recuerdo y de la tumba. No es necesario ver con frecuencia a la enamorada. Para don Quijote basta con “limitar amor entre los dos a un hondo mirar. Y aún esto, tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en 12 años que ha que la quiero... no la he visto cuatro veces”.

Cervantes, compasivo, le hace saborear a don Quijote, muy de vez en cuando, las mieles del triunfo. En la aventura de los dos frailes de la Orden de San Benito y de la dama vizcaína sale triunfante: libera a la supuesta dama secuestrada y hace huir a los “feroces enemigos (dos frailes religiosos de la Orden de San Benito). También en la aventura de los leones sale victorioso.

Para don Diego Miranda –a quien el Ingenioso Hidalgo le llama el Caballero del Verde Gabán–, don Quijote aparece como una extraña mezcla de razón y extravió, de seriedad e infantilismo. También su hijo, el joven Lorenzo, concluye por decir: “pese a palabras tan serias y bien fundadas, no dejo de adivinar en el “resplandores de quimera” y sueños disparatados”. Don Quijote concluye su discurso sobre la ciencia de la caballería con un código ético: “...por encima de todo eso, el caballero ha de ser fiel a Dios y a su dama, la vida ha de dar por defender la verdad y compartir los pecados que manchan al mundo. De todas estas grandes y pequeñas partes se consume un buen caballero andante. Juzgue vuestra merced si no aventaja esta ciencia a las más estiradas y pomposas que en gimnasios y escuelas se enseñan”. Más allá de placeres y posiciones materiales está el verdadero ideal –justicia y amor que se funden y confunden de la caballería andante– por eso en las bodas de Camacho, don Quijote toma al partido de Basilio: el pobre y el débil frente al rico y el prepotente.

En su plenitud creadora, don Miguel de Cervantes Saavedra oye los pasos de la muerte. “Bien me doy cuenta de la vanalidad que ciñe el torso de nuestra vida y el pasajero aliento de nuestras ilusiones y esperanzas. La muerte es una prueba que trataré de afrontar con valentía

y dignidad". Sus vivencias religiosas aumentan día a día, sin extinguir su vena literaria. Se prepara para el final, deja atrás el ambiente literario de la corte (envidias y calumnias, superfluidades y engaños) para ingresar a la Orden Tercera de San Francisco como hermano novicio. Vive con frugalidad y sencillez, enfermo siempre. Asiste al declive con ánimo sereno y realista. No teme a la muerte. Recibe los Santos Sacramentos con toda unción, ha encontrado la paz de espíritu y muere con naturalidad, rodeado por hermanos Franciscanos. Amortajado con el hábito de la Orden, fue enterrado en el Convento de las Trinitarias el 23 de Abril de 1616. ¡Cuántas generaciones han pasado desde entonces! ¡Cuántos cambios han sucedido! Pero ahí está plantado, con su figura inmortal, el caballero Miguel de Cervantes, inmune al tiempo; firme y digno, adentro muy adentro, en la entraña misma de la humanidad.

EDUCACIÓN DE UN PRÍNCIPE CRISTIANO DE ERASMO: UN ESPEJO CON IMAGEN PÚBLICA

Mtro. Alejandro del Bosque
División de Humanidades y Ciencias Sociales
Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey

El humanismo cristiano español, o la síntesis de la cultura grecolatina y el pensamiento cristiano, estuvo conformado entre los siglos XV y XVI por tres vertientes: la filológica (introducida por Nebrija en la época de los Reyes Católicos e inspirada en la obra de Lorenzo Valla: *Elegancias de la lengua latina*; Nebrija aduce que una lengua nace, florece y decae con el imperio que la habla; plantea la necesidad de depurar el latín como recurso para afrontar la barbarie); el socratismo cristiano (donde la sabiduría se traduce a través de las acciones cristianas; Sócrates visto como un modelo de comportamiento moral); y el erasmismo (difundido durante el reinado de Carlos V a raíz de que Erasmo le dedicara a éste un manual de comportamiento virtuoso). (Carceles de Laborde, 29-55)

Erasmo de Rotterdam (1469-1536) escribe en latín el tratado *Institutio Principis Christiani* (*Educación del príncipe cristiano*) en 1515 a petición de Jean Le Sauvage, canciller de Brabante. Se trata de un espejo de príncipes, "un género tradicional dirigido a la educación personal, moral y política de un príncipe". (Blockmans, 34); una obra de orientación para el futuro rey. La obra es publicada en 1516; tres años después de la escritura de *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo.